

### XIII.

MAR DURA.—INTRANQUILIDAD.—CATORCE  
DÍAS DE INCENDIO.—TERRORS.—LLAMAS.  
MUERTE DE RUBY.

Del 24 al 29 de Octubre.

Durante los cinco días que siguen, la mar está muy dura. Aunque el *Chancellor* ha renunciado á luchar contra ella y corre con el viento y la ola, experimenta grandes sacudidas. Durante esta navegación en un brulote, no tenemos un solo momento de tranquilidad y contemplamos con ojos envidiosos aquella agua que rodea al buque y que nos atrae y fascina.

—Pero, he dicho á Roberto Kurtis ¿por qué no perforar el puente y precipitar toneladas de agua en la bodega?

Aun cuando el buque se llenara de agua ¿que mal habría en ello? Apagado el incendio, las bombas volverían á echar toda esa agua al mar.

—Señor Kazallón, responde Roberto Kurtis, ya he dicho á usted y le repito que si abrimos paso al aire por poco que sea, el fuego se propagará en un instante á todo el buque, y las llamas le envolverán desde la quilla hasta el tope de los palos. Estamos condenados á la inacción, y hay circunstancias en que es preciso tener valor de no hacer nada.

Si, cerrar herméticamente todas las salidas, es el único medio de combatir el incendio, y esto es lo que hace la tripulación.

Sin embargo, los progresos del fuego son incesantes y quizá más rápidos de lo que suponemos. Poco á poco el calor se ha ido haciendo tan fuerte, que los pasajeros han tenido que refugiarse sobre el puente, y los camarotes de popa iluminados por las ventanas del espejo, son

los únicos que pueden todavía seguir ocupados. Mrs. Kear no sale del uno, y el otro le ha puesto Roberto Kurtis á disposición del negociante Ruby.

He ido varias veces á visitar á este desdichado que se encuentra enteramente loco, y es preciso tenerle atado para que no rompa la puerta de su camarote. Cosa singular: ha conservado en su locura un sentimiento de terror, y lanza horribles gritos como si bajo la influencia de un fenómeno fisiológico sintiese verdaderas quemaduras.

También he ido varias veces á visitar al ex-capitán, y encuentro en él un hombre muy tranquilo que habla razonablemente, excepto en lo que se refiere á su oficio de marino. Sobre este punto lo que dice no tiene sentido común. Le ofrezco mis servicios porque padece en efecto, pero no quiere aceptarlos y no sale tampoco de su cámara.

Hoy, el puesto de la tripulación ha sido invadido por una humareda acre y

nauseabunda que se filtra por los intersticios de los tabiques. Es cierto que el incendio se aumenta por aquel lado, y prestando el oído se oyen chasquidos sordos. ¿Dónde toma ese fuego el aire que le alimenta? ¿Cuál es la abertura que se ha escapado á nuestras investigaciones? La espantosa catástrofe no puede ya estar lejana. Quizá no es cuestión más que de algunos días, tal vez de algunas horas, y por desgracia la mar está tan gruesa que no hay ya que pensar en poder huir en las embarcaciones.

Por orden de Roberto Kurtis se cubren los tabiques del puesto con un encerado que incesantemente se empapa en agua. A pesar de estos cuidados, el humo traspasa en medio de un calor húmedo que se esparce por la proa del buque y hace casi irrespirable el aire.

Por fortuna el palo mayor y el de mesana son de hierro; sin esto, quemados por el pie, habrían venido abajo y estaríamos perdidos.

Roberto Kurtis despliega toda la tela posible, é impulsado por aquel viento del Nordeste que va refrescando cada vez más, el *Chancellor* marcha con rapidez.

Ya hace catorce días que se ha declarado el incendio, y sus progresos son incesantes porque no hemos podido combatirlo. Ahora la maniobra es cada día más difícil á bordo. En la toldilla, cuyo pavimento no está en relación inmediata con la bodega, se puede todavía estar; pero en el puente hasta el castillo de proa es imposible andar ni aun con calzado fuerte. El agua no basta ya para refrescar aquellas tablas lamidas por el fuego, y que se arrufan sobre sus barrotes. La resina de la madera de abeto se encoge alrededor de los nudos, las costuras se abren y la brea liquidada por el calor corre por el puente haciendo caprichosos dibujos según las exigencias de los babances.

Para colmo de desdicha, el viento salta bruscamente al Noroeste y sopla con

furia. Es un verdadero huracán como los que se presentan algunas veces en aquellos parajes y que nos aparta de las tierras de las Antillas á donde tratamos de llegar. Roberto Kurtis quisiera hacerse firme capeando, pero el viento es tan furioso que el *Chancellor* no puede mantenerse a la capa y pronto tiene que tomar la fuga para evitar los golpes de mar que son terribles cuando acometen á un buque por el costado.

El 29 la tempestad se encuentra en todo su furor. El Océano está agitadísimo y el embate de las olas cubre completamente al *Chancellor*. Seria imposible echar al mar una embarcación sin que fuese inmediatamente sumergida. Nos hemos refugiado unos en la toldilla, otros en el castillo de proa. Todos nos miramos sin que nadie se atreva á hablar.

En cuanto á la caja de picrato de potasa, no pensamos en ella. Hemos olvidado *ese pormenor* para emplear la expresión de Roberto Kurtis. No sé verdad e-

ramente si la explosión del buque, que desenlazaría de un golpe la situación, sería ó no de desear. Al admirar estas frases pienso dar el estado exacto de nuestros ánimos. El hombre amenazado largo tiempo de un peligro, acaba por desear que se presente, porque la inminencia de una catástrofe inevitable es más horrible que la realidad.

Mientras era tiempo todavía, el capitán Kurtis ha mandado retirar una parte de los víveres almacenados en la despensa, en la cual ya no se podría penetrar ahora. El calor ha deteriorado una gran cantidad de provisiones, pero quedan algunos barriles de carne salada y de galleta, un tonel de aguardiente y varias barricas de agua, que se han colocado sobre el puente con varias mantas, instrumentos, una brújula y velas, á fin de poder en caso necesario abandonar inmediatamente el buque.

A las ocho de la noche, á pesar del estrépito del huracán y del ruido del in-

endio, las escotillas del puente se levantan bajo la presión del aire caldeado y torbellinos de humo negro se escapan como el vapor por la válvula de la caldera.

La tripulación se precipita hácia Roberto Kurtis para pedirle órdenes. Una idea única se apodera de todos: huir de aquel volcán que va á estrellar bajo sus pies.

Roberto Kurtis mira al Océano, cuyas olas monstruosas rompen con estrépito sobre el buque. No es posible ni siquiera acercarse á la chalupa colocada en su calzón, en medio del puente; pero es todavía posible utilizar la canoa izada sobre sus pescantes de estribor, lo mismo que la ballenera suspendida á la popa del buque.

Los marineros se precipitan hácia la canoa.

—No, grita Roberto Kurtis, no. Eso sería jugar á un golpe de mar nuestra última probabilidad de salvación.

Algunos marineros medio locos de terror, Owen á su cabeza, quieren sin embargo, lanzar al agua la embarcación. Roberto Kurtis se precipita sobre la toldilla, y cogiendo una acha, esclama:

--¡Al primero que toque el aparejo le parto el cráneo!

Los marineros se retiran. Algunos suben á los flechastes de los obenques. Otros se refugian hasta en las cofas.

A las once se oyen detonaciones violentas en la bodega. Son los tabiques que estallan, dando paso al aire caliente y al humo. Inmediatamente torrentes de vapor salen por la funda del puesto de proa, y una larga lengua de llama va á lamer el mástil de mesana.

Estallan entonces gritos en todas partes. Miss. Kear sostenida por Miss Herbey, huye precipitadamente de las cámaras, á donde llega el fuego. Después se presenta Sila Huntly con el rostro ennegrecido por el humo y tranquilamente saludando á Roberto Kurtis se dirige

hacia los obenques de proa, sube por los flechastes y se instala en la gavia de mesana.

La vista de Sila Huntly me recuerda entonces que otro hombre ha quedado aprisionado bajo la toldilla, en aquel camarote que va á ser quizá devorado por las llamas.

¿Dejaremos perecer á ese desgraciado Ruby? Me lanzo hácia la escalera...El desgraciado ha roto las ligaduras y sale en aquel momento con los cabellos quemados y los vestidos ardiendo. Sin proferir un grito, marcha por el puente y no siente calor en sus pies. Se arroja entre los torbellinos de humo, y el humo no le sofoca. Es como una salamandra humana que corre al través de las llamas.

Oyóse entonces una nueva detonación; la chalupa salta en pedazos; la escotilla de en medio salta, desgarrando el encerrado, y un chorro de llama, largo tiempo

comprimido, llega hasta la mitad del mástil.

En aquel momento el loco da gritos espantosos y se escapan de sus labios estas palabras:

—¡El picrato, el picrato todos vamos á volar, á volar!

Después, sin que nadie pueda detenerlo, se precipita por la escotilla en aquel horno ardiente.

## XIV.

SE PIERDEN LA CHALUPA Y LA CANOA.—COMUNICACION INTERRUMPIDA ENTRE PROA Y POPA.—EL INCENDIO REDOBLA SU VIOLENCIA.—DURA ALTERNATIVA.

Durante la noche del 29 de Octubre:

Esta escena ha sido espantosa y todos han sentido su horror por completo, á pesar de la situación desesperada en que nos encontramos.

Ruby no existe, pero sus últimas palabras van a tener quizá consecuencias muy funestas. Los marineros le han oído gritar: “¡El picrato, el picrato!” Han comprendido que el buque puede saltar hecho pedazos de un momento á otro, y que no es sólo un incendio, sino una explosión espantosa la que les amenaza.

Algunos marineros, no pudiendo ya contenerse, quieren huir á toda costa y sin tardanza, y gritan:

—¡La canoa, la canoa!

No ven, no quieren ver los insensatos que el mar está alborotado y que ninguna embarcación podría arrostrar aquellas olas que suben hasta una altura prodigiosa. Nada puede contenerlos y ya no oyen la voz de su capitán. Roberto Kurtis se arroja en medio de la tripulación, pero en vano. El marinero Owen excita á sus compañeros; las trapas de la lancha son largas y la embarcación es empujada al exterior.

Balancéase un instante en el aire, y obedeciendo al movimiento del buque va á chocar contra la vagra. Otro esfuerzo de los marineros la desprenden y ya está á punto de llegar al mar, cuando una ola monstruosa la toma por debajo, la aparta un instante y con una fuerza irresistible la estrella contra el costado del buque.

La chalupa y la canoa han sido destruidas y ya no nos queda más que una frágil y estrecha ballenera.

Los marineros heridos de estupor permanecen inmóviles. No se oyen más que los silbidos del viento entre las cuerdas y los ronquidos del incendio. El horno se abre profundamente en el centro del buque y torrentes de vapor fuliginoso, escapándose por la escotilla, suben hasta el cielo. Desde el castillo de proa á la toldilla ya no se vé, y una barrera de llamas divide el *Chancellor* en dos partes.

Los pasajeros y dos ó tres hombres de la tripulación se han refugiado detrás de la toldilla. Miss Kear se halla tendida sin conocimiento sobre una de las jaulas de gallinas y Miss Herbey está cerca de ella. Mr. Letourneur se ha apoderado de su hijo y le estrecha sobre su corazón; yo estoy poseído de una agitación nerviosa que no puedo calmar. Entre tanto el ingeniero Falsten consulta friamente

su reloj y anota la hora en su libro de memorias.

¿Qué pasa á proa, donde han quedado, sin duda, el teniente, contramaestre y el resto de la tripulación á quienes no podemos ver?

Toda comunicación se halla interrumpida entre las dos mitades del buque y nadie podría atravesar la cortina de llamas que sale por la escotilla mayor.

Me acerco á Roberto Kurtis y le pregunto:

--¿Todo está perdido?

—No, me responde. Ya que está abierta la escotilla vamos á arrojar por ella un torrente de agua á ese horno y quizá lograremos apagarlo.

—Pero, ¿cómo manejar las bombas en ese puente que quema los piés, señor Kurtis? ¿cómo dar órdenes á los marineros al través de estas llamas?

Roberto Kurtis no me responde.

—¿Todo está perdido? le pregunto de nuevo.

—No señor, nó, me dice Roberto Kurtis y mientras resista bajo mis piés una sola tabla no perderé la esperanza.

Entre tanto ha redoblado la violencia del incendio y las aguas del mar se tiñen de una claridad rojiza. Por cima de nuestras cabezas las nubes bastante bajas, se cubren de grandes reflejos leonados. Chorros de llama continuos salen al través de las escotillas, y nosotros nos hemos refugiado sobre el coronamiento de popa, detrás de la toldilla. Miss Kear ha sido depositada en la ballenera que está suspendida de sus pescantes de popa y Miss Herbey se encuentra junto á ella.

¡Que noche tan espantosa! ¡Que pluma sería bastante á describir sus horrores!

El huracán, entonces, en toda su violencia, sopla sobre aquel brasero como un ventilador inmenso. El *Chancellor* corre en las tinieblas como un brulote gigantesco. No hay otra alternativa: ó arrojarse al mar ó perecer en las llamas.

Pero ¿no se inflama al fin ese picra-



to? ¿no se abrirá ya el volcán bajo nuestros pies? ¿habrá mentido Ruby? ¿no habrá tal sustancia explosiva encerrada en la bodega?

A las once y media, en el momento en que el mar es más terrible que nunca, se oye un estrépito particular, el ruido más temido de los marineros, que viene á aumentar el de los elementos desencadenados. Entonces se oye á proa este grito:

—Rompientes, rompientes á estribor!

Roberto Kurtis salta sobre el parapeto, dirige una rápida mirada á las blancas olas y volviéndose hácia el timonel, grita con voz imperativa:

—¡La barra á estribor, toda!

Pero ya es tarde. Siento que somos levantados sobre la espalda de una ola monstruosa y de repente se produce un choque. El buque toca por la proa, talonea muchas veces y el mástil de mesana roto á raíz del puente, cae al mar.

El *Chancellor* queda inmóvil.



## XV.

ENCALLADOS.—EL AGUA ENTRA EN EL BUQUE.—SE VA EXTINGUIENDO EN EL FUEGO.

Continuación de la noche del 29 de Octubre.

No son todavía las doce. No hay y la oscuridad es profunda. No podemos saber en que sitio acaba el buque de encallar. Vientámente rechazado por la tormenta, ¿habrá llegado al fin á la costa americana y estaremos á la vista de tierra?

He dicho que el *Chancellor*, después de haber taloneado varias veces, ha quedado absolutamente inmóvil. Pocos instantes después se oye hácia proa un ruido

de cadenas. lo cual indica á Roberto Kurtis que se han echado las anclas.

— Bien, bien, dice; el teniente y el contramaestre han echado las dos anclas. De esperar es que resistirán.

Veo entonces á Roberto Kurtis adelantarse por los parapetos hasta el límite á donde permiten llegar las llamas. Se desliza por la mesa de guarnición de estribor, del lado donde el buque da la banda y allí se mantiene, durante algunos minutos, á pesar de las grandes oleadas que le acometen. Veo que presta el oído como si escuchara un ruido particular en medio del rumor de la tormenta.

Al fin vuelve á la toldilla y dice:

— El agua entra en el buque, y esa agua, si el cielo nos socorre, quizá dominará el incendio.

— Pero, ¿y después? le pregunto.

— Señor Kazallon, responde Roberto Kurtis, después está el porvenir, y será lo que Dios quiera.

No pensemos sino en el presente.

La primera cosa que debería hacerse sería acudir á las bombas, pero en este momento no se puede llegar á ellas entre las llamas. Es probable que por alguna abertura de la tablazón, hundida en el fondo del buque, entre gran cantidad de agua, porque me parece que ya disminuye la violencia del fuego. Se oyen silbidos atronadores, que prueban que los dos elementos luchan entre sí. De seguro la base del foco del incendio ha sido atacada por el agua y la primera fila de las balas de algodón se encuentra ya anegada. Pues bien, que el agua mate el incendio; después la combatiremos nosotros á su vez. Quizá sea menos temible que el fuego. El agua es el elemento del marino, y éste se halla acostumbrado á vencerla.

Durante las tres horas que dura todavía esta larga noche, esperamos con ansiedad indescriptible. ¿En dónde estamos? Lo cierto es que las olas se retiran

poco á poco, y que su furor se apacigua. El *Chancellor* debe de haber encallado una hora después de la plea mar, pero es difícil saberlo con exactitud, sin cálculos y sin observaciones. Si así es, podemos tener alguna esperanza, siempre con la condición de que se apague el fuego, de ponernos á flote muy en breve, cuando vuelva la próxima marea.

Hacia las cuatro y media de la mañana, la cortina de llamas tendida entre la proa y la popa del buque se disipa poco á poco, y más allá vemos, en fin, un grupo negro. Es la tripulación que se ha refugiado en el estrecho castillo de proa. Pronto se restablecen las comunicaciones entre los extremos del *Chancellor* y el teniente y el contramaestre vienen á la toldilla, marchando por las vagras, porque no es posible poner el pie en el puente.

El capitán Kurtis, el teniente y el contramaestre conferencian en mi presencia y están de acuerdo en que no puede ha-

cerse nada hasta que amanezca. Si la tierra está inmediata y el mar practicable, nos dirigimos á la costa, ya con la ballenera, ya construyendo una balsa. Si no hay tierra á la vista, y si el *Chancellor* ha encallado en un arrecife aislado, se tratará de ponerle de nuevo á flote, y repararle en lo posible, de manera que pueda llegar al puerto más próximo.

—Pero, dice Roberto Kurtis, y de esta opinión son también el teniente y el contramaestre, es difícil adivinar dónde estamos, porque con estos vientos del Noroeste, el *Chancellor* ha debido ser arrojado muy lejos, hacia el Sur. Ya hace mucho tiempo que no he podido tomar altura. Y sin embargo, como no sé que exista ningún escollo en esta parte del Atlántico, creo que debemos haber encallado en alguna tierra de la América del Sur.

—Pero, digo yo, continuamos bajo la amenaza de una explosión. ¿No podre

mos abandonar el *Chancellor* y refugiarnos?.....

—En este arrecife? dijo Roberto Kurtis. Pero ¿qué forma tiene y de qué se compone? ¿No se cubre completamente de agua en la pleamar? ¿Podemos reconocerle en medio de esta oscuridad? Dejemos venir el día y veremos.

Comunico inmediatamente estas palabras de Roberto Kurtis á los demás pasajeros. No son muy tranquilizadoras; pero nadie se detiene á pensar en el nuevo peligro que nace de la situación del buque, si por desdicha ha sido arrojado sobre algún arrecife desconocido á muchos centenares de millas de toda tierra. Una sola consideración domina á las demás; y es que ahora el agua combate por nosotros y lucha ventajosamente contra el incendio, y por consiguiente contra las probabilidades de explosión.

En efecto, á las llamas brillantes ha sucedido poco á poco una humareda espesa y negra que se escapa por la esco-

tilla en húmedos torbellinos. Algunas lenguas ardientes se proyectan todavía entre sombrías volutas, pero se extinguen casi al momento. A los ronquidos del fuego suceden los silbidos del agua que se evapora en el foco interior. Seguramente el mar hace allí lo que no hubieran podido hacer nuestros cubos ni nuestras bombas, pues no se necesitaba menos que una inundación para extinguir aquel incendio que se ha propagado en medio de mil setecientas balas de algodón.

---

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
Apdo. Jesús MONTERREY, MEXICO

### XVI.

COMPOSICIÓN DEL ESCOLLO.—EL PALO DE  
MESANA.—SILA HUNTLY.—NO HAY TIE-  
RRA A LA VISTA.—CINCO PIES DE AGUA  
EN LA BODEGA.—DESPERFECTOS.—SUBE  
LA MAREA.—A OCHOCIENTAS MILLAS DE  
TIERRA.

30 de Octubre.

Los primeros resplandores de la ma-  
ñana han blanqueado el horizonte; pero  
las brumas del mar contienen la mirada  
en una circunferencia muy estrecha.  
Hasta ahora no se vé tierra ninguna, y  
sin embargo, nuestros ojos registran im-  
pacientemente toda la parte occidental y  
meridional del Océano. En este momen-  
to el mar se ha retirado casi enteramen-  
te, y no hay seis piés de agua al rededor

del buque que cala unos quince en plena  
carga. Algunas puntas de roca se aso-  
man acá y allá, y por ciertos colores del  
fondo se adivina que el escollo está com-  
puesto de rocas balsáticas. ¿Cómo el  
*Chancellor* ha podido ser trasladado tan  
adentro del arrecife? Es preciso que una  
ola enorme le haya levantado, y eso es  
sin duda lo que yo sentía pocos momen-  
tos antes de encallar. Así después de  
haber examinado la línea de rocas que  
le rodean, me pregunto si será fácil ó si-  
quiera posible, sacarle de este sitio. Es-  
tá inclinado de popa á proa, lo que hace  
muy difícil la marcha por el puente, y  
además, á medida que el nivel del Océa-  
no baja, se inclina mas á babor. Roberto  
Kurtis ha temido un momento que zozo-  
brase en la baja mar; pero su inclinación  
se ha fijado al fin inmediatamente, y no  
hay nada que temer en este punto.

A las seis de la mañana se sienten cho-  
ques violentos. Es el palo de mesana  
que después de haber sido arrastrado

por el mar, vuelve á batir los costados del *Chancellor*. Al mismo tiempo se oyen gritos que pronuncian repetidamente el nombre de Roberto Kurtis.

Miramos en la dirección de donde parten los gritos, y á la semi-claridad del alba vemos un hombre agarrado á la cofa del mástil de mesana. Es Sila Huntly, arrastrado con la caída del palo, y que milagrosamente se ha salvado de la muerte.

Roberto Kurtis se precipita al auxilio de su antiguo capitán, y arrostrando mil peligros logra traerle á bordo. Sila Huntly, sin pronunciar una sola palabra, va á sentarse en el rincón más apartado de la toldilla. Ya no es posible contar con este hombre, convertido en un ser absolutamente pasivo.

Se logra después hacer pasar á sota-vento el palo de mesana, y se le amarra sólidamente al buque. Nos servirá en adelante para algo? ¡Quién sabe!

Ahora el día es ya suficiente claro y

las sombras comienzan á levantarse. La mirada puede recorrer el perímetro del horizonte hasta mas de tres millas, pero nada se presenta que se parezca á una costa. La línea de las rompientes corre al Sudoeste y Nordeste durante una milla. Al Norte sobresale una especie de islote de forma irregular: es una caprichosa aglomeración de rocas que se levanta á doscientas brazas mas allá del sitio en que está encallado el *Chancellor* y á una altura de cincuenta piés. Debe, pues, dominar el nivel de las mareas más altas. Una especie de calzada muy estrecha, pero practicable, en la baja marea, nos permitirá llegar á ese islote si fuere necesario.

Más allá el mar recobra su color oscuro; allí el agua es profunda; allí termina el escollo.

Una inmensa desesperación, justificada por la situación del buque, se apodera de todos los ánimos. Es de temer en efecto,

que las rompientes no estén unidas á ninguna tierra.

En este momento, las siete de la mañana, el día es claro y las brumas han desaparecido. El horizonte se presenta alrededor del *Chancellor* con nitidez perfecta; pero la línea de agua y la línea del cielo se confunden en el mismo contorno, y el mar llena todo el espacio.

Roberto Kurtis, inmóvil, observa el Océano principalmente hácia el Oeste. Mr. Letourneur y yo, en pie uno junto á otro, examinamos sus menores movimientos y leemos claramente en su rostro las ideas que pasan por su cerebro. Su sorpresa es grande porque se creía cerca de tierra, habiéndose inclinado como siempre al Sur desde que estuvimos á la vista de las Bermudas; y sin embargo, no hay tierra ninguna en el horizonte.

En aquel momento Roberto Kurtis sale de la toldilla, y por los parapetos llega hasta los obenques, se lanza á los fle-

chastes por los obenques del palo mayor, atraviesa las barras y llega rápidamente á la encapilladura del mástil de juanete. Desde allí, durante algunos minutos examina con el mayor cuidado todo el espacio; después, tomando uno de los brandales se descuelga hasta la verga y vuelve á nuestro lado.

Nuestras miradas le interrogan.

—No hay tierra, responde friamente.

Mrs. Kear se adelanta entonces, y con tono de mal humor le pregunta:

—¿Dónde estamos, caballero?

—No lo sé, responde Roberto Kurtis.

—Debería usted saberlo, replica neciamente el mercader de petróleo.

—Puede ser, pero no lo sé.

—Pues bién, vuelve á decir Mrs. Kear, sepa usted entonces que no tengo intención de permanecer eternamente en su buque, y que es necesario ya marchar.

Roberto Kurtis se contenta con encogerse de hombros.

Después volviéndose hácia el grupo

que formábamos Mr. Letourneur y yo, dice:

--Tomaré altura si sale el sol y entonces sabremos á qué punto del Atlántico nos ha arrojado la tempestad.

Roberto Kurtis se ocupa entonces en hacer distribuir víveres á los pasajeros y á la tripulación. Todos tenemos necesidad de ello porque estamos extenuados de hambre y cansancio. Comemos bizcocho y un poco de conserva de carne, y luego Roberto Kurtis sin perder momento, adopta diversas medidas para volver á poner á flote el buque.

El incendio ha disminuido mucho y ya no sale llama ninguna al exterior. El humo es menos abundante aunque negro todavía. Es indudable que el *Chancellor* tiene una gran cantidad de agua en su bodega; pero no es posible averiguarlo porque el puente no es practicable.

Roberto Kurtis manda regar las tablas, y dos horas después, ya los marineros pueden andar por el puente.

El primer cuidado es sondear, y el contra maestre procede á esta operación. Hecho el sondeo, se encuentran cinco pies de agua en la bodega; pero el capitán todavía no dá la orden de agotarla, porque quiere que acabe la obra emprendida, atendiendo primero al incendio. Después se quitará el agua. Ahora, ¿será mejor abandonar inmediatamente el buque y refugiarse en el escollo? El dictámen del capitán Kurtis es contrario á esta idea, y del mismo modo el del teniente y del contra maestre. En efecto, con una mar tan mala no es sostenible la posición en estas rocas, ni aun en las más elevadas, que deben ser barridas por las grandes olas. En cuanto á las probabilidades de explosión que presenta el buque, se han disminuido ya notablemente. El agua ha invadido sin duda la parte de la bodega, donde está el equipaje de Ruby, y por consiguiente la caja de picrato. Se decide, pues, quedarnos todos en el *Chancellor*.



Se trata después de preparar en la popa, sobre la toldilla, una especie de campamento y se disponen algunos colchones, que no se han quemado, para las dos pasajeras. Los hombres de la tripulación que han salvado sus sacos, les colocan en el castillo de proa, á donde trasladan su alojamiento, pues que su puesto ha quedado absolutamente inhabitable.

Por fortuna los desperfectos no han sido grandes en la despensa; se han salvado bastantes víveres y los barriles de agua. El almacén de velas de repuesto está igualmente intacto.

En fin, quizá hemos llegado al término de nuestros trabajos. Así debe creerse, pues desde la mañana el viento se ha mitigado considerablemente y la mar es mucho menos gruesa, circunstancia en extremo favorable, pues si el *Chancellor* fuese batido por golpes de mar se haría pedazos inevitablemente en estos duros basaltos.

Los Letourneur y yo hemos hablado largamente acerca de los oficiales del buque, de la tripulación, y de la manera de conducirse que han tenido durante este período de peligros. Todos han mostrado valor y energía, distinguiéndose particularmente el teniente Walter, el contramaestre y el carpintero Daoula; buena gente, buenos marinos, con quienes se puede contar. En cuanto Roberto Kurtis es superior á todo elogio; ahora, como siempre, se multiplica y está en todas partes; no se presenta dificultad que no esté pronto á resolver; anima á sus marineros con la palabra y con la acción, y ha llegado á ser el alma de esta tripulación, que no se mueve sino por sus órdenes.

Desde las siete de la mañana el mar ha empezado á subir. Son las once y todos los picos de las rompientes han desaparecido bajo las aguas. Es de presumir que el nivel de estas haya subido en la bodega del *Chancellor*, á medida que

se ha elevado el del mar, y esto es precisamente lo que sucede. La sonda indica que hay nueve pies y otras capas de algodón se ha anegado. de lo cual debemos felicitarnos.

Desde que la marea ha subido han desaparecido de la vista la mayor parte de las rocas que rodean al buque y no queda más visible que el marco de una pequeña cuenca circular de doscientos cincuenta á trescientos piés de diámetro, y cuyo ángulo Norte ocupa el *Chancellor*. La mar aquí está tranquila y las olas no se propagan hasta el buque, circunstancia afortunada, porque estando completamente inmóvil nuestro buque sería batido como un escollo.

A las once y media el sol, cubierto de nubes desde las diez, se ha mostrado oportunamente. El capitán, que ha podido ya calcular un ángulo horario por la mañana, se dispone á tomar altura meridiana, y á las doce hace una observación muy exacta.

Después baja á su camarote, calcula el punto, vuelve á la toldilla, y nos dice:

Estamos á los  $18^{\circ} 5'$  de latitud Norte y  $45^{\circ} 53'$  de longitud Oeste.

El capitán explica entonces la situación á todos aquellos que no están familiarizados con los números de longitud y latitud. No quiere ocultar nada y tiene razón; desea que todos sepan exactamente á qué atenerse sobre la situación actual.

El *Chancellor* está encallado á los  $18^{\circ} 5'$  de latitud Norte y  $45^{\circ} 53'$  de longitud Oeste en un escollo que no está indicado en las cartas. ¿Cómo pueden existir tales arrecifes en esta parte del Atlántico sin que nadie los conozca? ¿Sería éste de formación reciente y producido por algún levantamiento plutoniano? No veo otra explicación que poder dar al hecho.

De todos modos el islote está por lo menos á ochocientas millas de las Guayanas, es decir, de la tierra más próxima.

Esto es lo que el punto trasladado sobre la carta demuestra de la manera más concluyente.

El *Chancellor* ha sido, pues, arrastrado al Sur hasta el paralelo diez y ocho, primero por la obstinación insensata del capitán Huntly y después por el golpe de viento del Noroeste que le ha obligado á huir. Por consiguiente deberá navegar todavía por espacio de ochocientas milias para poder llegar á la costa más inmediata.

Tal es la situación, grave sin duda, pero la impresión que resulta de la comunicación del capitán no es mala, á lo menos en este momento. ¿Qué nuevos peligros podrían ya conmovernos á los que acabamos de librarnos del incendio y de la explosión? Se olvida que la bodega del buque se halla invadida por el agua, que la tierra está distante, que el *Chancellor* cuando vuelva á hacerse á la mar puede zozobrar en su camino. Pero los ánimos están bajo la impresión del

terror pasado y recobrando un poco de tranquilidad se encuentran dispuestos á la confianza.

¿Qué va á hacer ahora Roberto Kurtis?

Sencillamente lo que el simple buen sentido ordena: apagar completamente el incendio, arrojar al mar el todo ó parte de la carga sin olvidar la caja de piedra, tapar la vía de agua y aligerado el buque aprovechar la marea alta para salir del escollo lo más pronto posible.